

## El convenio de sir Dominick

En los primeros días del otoño de 1838, un asunto de negocios me llevó al sur de Irlanda. El tiempo era agradable; el lugar y la gente me eran nuevos. Alquilé un caballo en una taberna, envié mi equipaje con un sirviente a bordo de una diligencia de correo y luego, con la curiosidad de un explorador, inicié un recorrido de veinticinco millas a caballo, por caminos inhóspitos, hasta llegar a mi destino. Atra-

Inicié la marcha tarde y, habiendo hecho poco menos de la mitad del camino, ya estaba pensando en hacer un alto en el próximo lugar conveniente, para que el caballo descansase y se alimentara, y también para hacerme de algunas provisiones.

Eran cerca de las cuatro cuando el camino, que ascendía gradualmente, se desvió a través de un desfiladero entre la abrupta terminación de unas montañas a mi izquierda y una colina, que se elevaba a mi derecha. Abajo se erguía una precaria villa bajo una larga línea de gigantescas hayas, cuyas ramas cobijaban pequeñas chimeneas que emitían sendas columnas de humo. A mi izquierda, separadas por millas, ascendiendo el cordón montañoso antes nombrado, había un bosque salvaje, cuyos follajes y helechos terminaban en las rocas.

A medida que descendía, el camino daba algunas curvas, teniendo siempre a mi izquierda el paredón de piedra gris, cubierto aquí y allá con hiedra. Al acercarme a la villa, a través de las sendas del bosque, pude ver el murallón de una casa vieja y ruinoso, ubicada entre los árboles, en medio del pintoresco paisaje montañoso.

La soledad y melancolía de esa ruina picó mi curiosidad, y una vez llegado a la posada de San Columkill, habiendo puesto mi caballo a descansar y permitiéndome una buena comida, comencé a pensar nuevamente en el bosque y en la casa ruinoso, resolviendo luego dar un paseo por aquellas soledades.

El nombre del lugar —me enteré— era Dunoran y, luego de traspasar el portón de entrada de la propiedad, inicié un paseo por la dilapidada mansión.

Una larga senda, en la que sobresalían muchas ligustrinas, me llevó —luego de algunas curvas y recodos— hasta la vieja casona, bajo la sombra de los árboles.

El camino traspasaba una hondonada, recubierto de malezas y con pequeños árboles y arbustos, y la silente casa tenía su puerta principal abierta hacia esta oscura cañada. Más allá de la casa, en sus desiertos parques y establos, se erguían robustos árboles.

Entré y vagué por todos lados, viendo ortigas y ligustrinas a través de los pasillos; de cuarto en cuarto, los cielos rasos estaban caídos, y aquí y allá había vigas oscuras y raídas, con zarcillos de hie-

dra por todos lados. Las paredes altas, con el yeso picado, estaban manchadas y enmohecidas. Las ventanas estaban opacadas por la hiedra y, cerca de la gran chimenea, unos grajos, especie de pequeños cuervos, revoloteaban mientras que, de los árboles que cubrían la cañada, desde el otro lado, se escuchaban los graznidos de sus pichones.

Mientras caminaba por entre aquellos melancólicos pasillos, mirando sólo en las habitaciones cuyos entarimados no estaban hundidos (circunstancia que hacía de mi exploración una actividad peligrosa), comencé a preguntarme por qué una casa tan grande, en el medio de tan pintoresco paisaje, se había permitido decaer; soñé con la hospitalidad de quienes mucho tiempo antes fueran sus dueños, e imaginé la escena de fiestas y francachelas que se habrían visto en la medianoche.

La gran escalera era de roble y había aguantado maravillosamente el tiempo. Me senté en sus escalones pensando vagamente en la transitoriedad de todas las cosas bajo el sol.

Excepto por el ronco y distante clamor de los pichones, apenas perceptible desde donde yo me encontraba sentado, ningún sonido quebraba la profunda quietud del lugar. Raras veces había experimentado tal sentimiento de soledad. No había viento; ni siquiera el crepitar de una hoja marchita a través del pasillo. Todo era opresivo. Los altos árboles que se erguían alrededor de la casa la oscurecían y añadían algo de terror a la melancolía del lugar.

En ese momento, cercano a mí, escuché con desagradable sorpresa, una voz muy particular, que repitió estas palabras:

—Comida para los gusanos, muerta y podrida.

Había una pequeña ventana en la pared, y a través de su oscuro hueco vi, casi entre las sombras, la forma difusa de un hombre sentado que balanceaba su pie. Me miraba fijo y reía con cinismo; antes de que pudiera recuperarme de la sorpresa, repitió este dicho:

—Si la muerte fuera una cosa que con dinero se pudiese evitar, los ricos vivirían y los pobres habrían de morir.

—Fue una gran casa, señor —continuó—; la Casa Dunoran, de los Sársfield. Sir Dominick Sársfield fue el último de su familia. Perdió la vida a menos de dos metros de donde usted está sentado.

Mientras decía esto, saltó al piso con un leve brinco. Tenía el rostro oscuro, rasgos afilados, un poco encorvado. Usaba un bastón para caminar, con el cual señaló un punto en la pared. Una mancha en el yeso.

—¿Ve usted la marca, señor? —dijo.

—Sí —respondí, al tiempo que me ponía de pie y lo miraba con curiosa anticipación.

—Está a un metro y medio o dos del piso, señor, y usted no adivinará de qué proviene.

—Me temo que no —dije—; supongo que es una mancha de humedad.

—Nada de eso, señor —respondió, con la misma sonrisa cínica, aún apuntando al manchón con su bastón—. Es un manchón de sesos y sangre. Está ahí desde hace más de cien años; y nunca se irá mientras la pared esté en pie.

—Entonces, ¿fue asesinado?

—Peor que eso, señor —respondió.

—¿Tal vez se suicidó?

—Peor que eso, señor. Soy más viejo de lo que parezco, señor. Usted no podría adivinar mi edad.

Se quedó en silencio, mirándome, como invitándome a una conjetura. —Bueno, yo diría que usted tiene unos cincuenta y cinco.

Rió, tomó una pizca de rapé y dijo:

—Cumplí setenta hace poco.

—Le doy mi palabra de que no lo aparenta; aún no lo puedo creer. ¿Usted recuerda la muerte de sir Dominick Sársfield? —dijo, mirando la ominosa mancha de la pared.

—No, señor, eso ocurrió mucho antes de que yo naciera. Pero mi abuelo fue mayordomo aquí y muchas veces escuché de su boca el relato de la muerte de sir Dominick. No hubo mayordomo en la casa desde que ocurrió aquello, pero hubo dos sirvientes que la mantuvieron, y mi tía fue una de ellas. Ella me crió aquí hasta que tuve nueve años, hasta que se marchó a Dublín; desde ese momento todo

comenzó a decaer. El viento fue despojando el tejado y la lluvia pudrió el maderamen. Poco a poco, a lo largo de estos sesenta años, la casa se fue convirtiendo en esto que hoy usted ve. Pero yo aún tengo cierto afecto por el lugar, por los viejos tiempos. Nunca vengo por aquí, pero quise echar un vistazo. No pienso que vaya a venir muchas veces a ver la vieja casa, ya que estaré bajo el césped en no mucho tiempo.

—Usted se mantiene joven —dije. Y, dejando este trivial tema, comenté: —No me sorprende que le guste este viejo lugar; es un bello sitio, con muchos árboles.

—Desearía que lo hubiera visto cuando las nueces estaban maduras; son las nueces más dulces de toda Irlanda, creo —contestó, con un práctico sentido de lo pintoresco—. Usted se llenaría los bolsillos mientras lo recorre.

—Éste es un bosque muy antiguo —remarqué—. No he visto uno más hermoso en toda Irlanda.

—¡Eiah! Usía, todas las montañas de por aquí ya tenían bosques cuando mi padre era mozo, y el bosque de Murroa era el más grande de todos. La mayoría eran robles, y hoy han sido en gran parte talados. Ni uno quedó al que se lo pueda comparar con los de aquellos tiempos. ¿Qué camino tomó, usía, para llegar hasta aquí? ¿Vino desde Limerick?

—No. Killaloe.

—Bueno, entonces pasó por el lugar donde estaba en los viejos tiempos el bosque de Murroa. Fue cerca de allí que sir Dominick Sársfield se encontró por primera vez con el Diablo, el Señor nos libre, y éste fue un mal encuentro para él.

Había tomado interés en esta aventura que había tenido lugar en el mismo marco que ahora me atraía tanto, y mi nuevo conocido, el pequeño encorvado, estaba bien dispuesto a narrarme la historia. Y, comenzando a hablar, pronto nos sentamos.

—Cuando sir Dominick estaba aquí, la propiedad era esplendorosa; aquí tenían lugar grandes fiestas, había música y se le daba la bienvenida a todos aquellos que se acercaban. Había vino de tonel de clase, comida caliente, como para incendiar una ciudad y cerveza y sidra, como para hacer flotar un buque. Esto duraba casi todo el mes, hasta que el tiempo y la lluvia estropeaban las diversiones de las jigas.

“Por esa época comenzaba la feria de Allybally Killudeen, distrayéndonos con sus diversiones.

“Pero sir Dominick sólo estaba comenzando, y no le había quedado método por intentar que lo llevase a deshacerse de su fortuna (bebida, dados, carreras, naipes y todo tipo de azares), con lo que no pasaron muchos años para que se viera en deuda y se convirtiera en un hombre muy desgraciado. Al mundo exterior se mostró, mientras pudo, como si no ocurriera nada. Luego vendió todos sus perros y después casi todos los caballos. Con eso se marchó a Francia, y nadie escuchó nada de él durante

algo así como dos o tres años. Hasta que al final, muy inesperadamente, una noche se escuchó un golpe en la gran ventana de la cocina. Eran pasadas las diez y el viejo Connor Hanlon, mi abuelo, el mayordomo, estaba sentado al lado del fuego, solo, calentándose. Soplaban un viento fuerte desde las montañas, que silbaba en la copa de los árboles y hacía un ruido triste a través de la gran chimenea.

El narrador miró fijo a la más cercana chimenea, visible desde su asiento.

—Como no estaba seguro acerca del golpe en la ventana, se levantó y vio el rostro de su patrón.

“Mi abuelo se alegró de verlo bien, ya que hacía bastante tiempo que no tenía noticias de él; pero al mismo tiempo estaba triste porque habían cambiado las cosas y sólo estaban a cargo de la casa el viejo Juggy Broadrick y mi abuelo mismo, habiendo apenas un hombre en el establo, y era cosa muy lamentable volver a la propia casa en tal estado. Él le dio la mano a Con y dijo: ‘Vine aquí para hablaros. Dejé mi caballo con Dick en el establo; si no lo vuelvo a buscar antes del amanecer, quiere decir que jamás lo volveré a utilizar’.

“Dicho esto, fue a la gran cocina y tomó un taburete, donde se sentó para tomar un poco de calor de; fuego.

“Siéntate, Connor, frente a mí, y escucha lo que voy a contar, y no temas decir lo que pienses’.

“Habló todo el tiempo mirando al fuego, con sus manos extendidas. Se lo veía muy cansado.

“¿Y por qué habría de temer, amo Dominick?”, preguntó mi abuelo. ‘Habéis sido un buen amo para mí, lo mismo que vuestro padre, que su alma descanse en paz, antes vuestro, y soy sincero’.

“Todo terminó para mí, Con’, dijo sir Dominick.

“¡Dios no lo permita!’, dijo mi abuelo.

“Reza por ello’, dijo sir Dominick. ‘Perdí la última guinea; sólo queda esta vieja casa. Debo venderla, y he venido, sin saber bien por qué, a dar un último vistazo y luego marcharme hacia la oscuridad’.

“Y dijo: ‘Con, dicen que el Diablo te da dinero durante la noche, que al otro día se convierte en gujarros, astillas y cáscaras de nuez. Si juega limpio, creo que podré hacer negocios con él, esta noche’.

“¡Dios no lo permita!’, dijo mi abuelo, con un sobresalto, mientras se santiguaba.

“¡Cómo pasa el tiempo! ¿Cuánto pasó desde que el capitán Waller lidió conmigo por la joya en New Castle?’.

“Seis años, amo Dominick, y con el primer disparo le rompisteis la pierna’.

“Lo hice, Con’, dijo él, ‘y ahora desearía que, en cambio, él me hubiera atravesado el corazón. ¿Tienes un *whiskey*?’.

“Mi abuelo tomó una botella de un aparador y sir Dominick lo sirvió en una copa.

“Saldré para echar un vistazo a mi caballo’, dijo, mientras se levantaba y se enfundaba en su capa, con la mirada fija como si estuviese pensando en algo malo.

“No tardaré más que un minuto en ir al establo y mirar el caballo por usted, señor”, dijo mi abuelo.

“No iba a ir al establo”, dijo sir Dominick; ‘puedo decirte la verdad, ya que lo sabrás tarde o temprano. Iba a ir a través del bosque; si vuelvo me verás en no más de una hora. De cualquier manera, no sería bueno que me siguieras, ya que si lo haces, te dispararía y sería un mal fin para nuestra amistad.

“Dicho esto, caminó por este pasillo de ahí. Abrió la puerta y salió hacia la espesura bajo la luz de la luna y el viento frío. Mi abuelo lo vio caminar a través del bosque, hasta que entró y cerró la puerta.

“Sir Dominick se detuvo para pensar cuando se encontró en el medio del bosque. No se había dado cuenta cuando dejó la casa, pero el *whiskey* no le había aclarado la mente; tan sólo le había dado coraje.

“Ya no sentía el viento, no temía a la muerte, ni pensaba en nada más que en la vergüenza y en la caída de su familia.

“De pronto no le vino mejor idea que seguir caminando hasta el bosque de Murroa, en donde podía subirse a uno de los robles para colgarse con su pañuelo de una de las ramas.

“Era una brillante noche de luna llena; tan sólo había una pequeña nube que, de cuando en cuando, ocultaba al satélite, el cual, sin embargo, daba tanta luz como si fuera de día.

“Marchó hacia el bosque; iba tan rápido que cada uno de sus pasos equivalían a tres normales. No pasó mucho tiempo hasta que llegó al lugar en que los robles extendían sus sarmentosas raíces y ramas como si fueran los maderos de un techo, dejando filtrar, empero, algo de la luz lunar, y provocando unas sombras gruesas y tan espesas como la suela de mi zapato.

“Ya estaba volviendo a su sobriedad, y comenzaba a aflojar el paso, pensando que sería mejor enlistarse en el ejército del rey de Francia.

“En ese momento, cuando había resuelto para sí mismo no quitarse la vida, comenzó a escuchar un leve tintineo que atravesaba el bosque y, de pronto, vio a un gran caballero, justo frente a él, que venía caminando por ese mismo lugar.

“Era joven, tal como él, y vestía un sombrero ladeado, con un listón dorado a su alrededor, como el de un oficial, y una indumentaria como la que en algunas ocasiones vestían los oficiales franceses.

“Los dos caballeros se quitaron sus respectivos sombreros, y el extraño dijo: ‘Estoy reclutando, señor, para mi soberano, y usted se dará cuenta de que mi dinero no se convertirá en guijarros, astillas y cáscaras de nuez a la mañana siguiente’.

“Al mismo tiempo sacó una gran bolsa repleta de oro; sir Dominick sintió cómo se le erizaban los cabellos de la nuca.

“No temas’, dijo el extraño, ‘el dinero no te consumirá. Si pruebas ser honesto y si esto prospera contigo, desearía proponerte un pacto. Hoy estamos en el último día de febrero’, continuó; ‘te serviré durante siete años exactos y, a su término, tú me servirás a mí. Volveré a buscarte cuando el séptimo año se cumpla, cuando el reloj surque el minuto entre febrero y marzo. Tú no me verás como un mal amo, ni tampoco como un mal sirviente. Amo mis propiedades; y ordeno todos los placeres y glorias del mundo. El contrato se iniciará hoy, y el arriendo se cumplirá en la medianoche del último día nombrado en el año de ... (me dijo el año, pero ciertamente lo olvidé) y si tú prefieres esperar para ver el progreso, antes de firmar, tendrás un plazo de ocho meses y veintiocho días. Pero en este lapso no puedo hacer gran cosa por ti; si, llegado el día, no quieres firmar, todo lo que te otorgué se desvanecerá, y te encontrarás tal como esta noche, listo para colgarte del primer árbol’.

“Bien, sir Dominick eligió esperar, y regresó a la casa con la bolsa llena de oro, tan redonda como su sombrero. Mi abuelo se alegró de ver a su amo seguro y regresando tan pronto. Llamó nuevamente por la cocina y dejó caer la bolsa sobre la mesa. Se quedó de pie moviendo los hombros, como si hubiera estado cargando un gran peso sobre ellos; miró la bolsa y mi abuelo lo miró a él, y de él a la bolsa y nuevamente a él. Sir Dominick se veía pálido como una hoja de papel.

“No lo sé, Con, ¿qué habrá dentro? Es la carga más pesada que jamás acarree’.

“Se mostró tímido para abrirla y, antes de hacerlo, hizo que mi abuelo avivara el fuego de la chimenea. Una vez abierta, vieron que la bolsa estaba repleta de guineas de oro, nuevas y brillantes, como si fueran recién salida de la casa de la moneda.

“Sir Dominick hizo que mi abuelo se sentara a su lado mientras contaba cada una de las monedas de la bolsa.

“No faltaba mucho para que rompiera el día cuando terminó de contar, y sir Dominick le hizo jurar a mi abuelo que no diría palabra de aquel asunto a nadie. Y él lo guardó en secreto.

“Cuando el plazo de los ocho meses y veintiocho días estaba cerca de expirar, sir Dominick regresó muy preocupado a esta casa. No sabía bien qué hacer. Nadie más que mi abuelo sabía algo sobre el tema, y no conocía ni la mitad de lo que había pasado.

“A medida que se acercaba el final del mes de octubre, sir Dominick se iba angustiando cada vez más.

“Una vez que pudo tranquilizarse pensando que no tendría que decir más nada sobre el asunto, ni hablar nuevamente con aquel que conociera en el bosque de Murroa, las deudas volvieron a hacer palpar su corazón. Sólo unas semanas antes de la expiración del plazo, todo comenzó a andar mal. Un hombre le escribió desde Londres para decir que sir Dominick había pagado trescientas libras al hombre equivocado, y que debería pagar de nuevo; otro reclamaba una deuda de la que nunca antes

había oído nada; otro más, en Dublín, negaba el pago de una gran deuda, y sir Dominick no tenía idea dónde había puesto su recibo. Por la misma fecha tuvo una cincuentena de reclamos similares.

“Una vez que llegó la noche del 28 de octubre, él estaba por volverse loco con la cantidad de reclamos que le llegaban de todos lados. Sólo veía como salida el recurrir a su terrible amigo, aquel a quien había conocido aquella noche en el bosque de aquí cerca.

“Así que decidió marchar para cumplimentar el asunto que ya había iniciado, a la misma hora que había ido la última vez. Se quitó el crucifijo que llevaba en torno al cuello, ya que era católico, y su pequeño evangelio, y se deshizo de la astilla de la Sagrada Cruz que guardaba en un relicario, pues desde que había tomado dinero proveniente del Maligno, había comenzado a sentir miedo, y se había hecho de diversos elementos para protegerse del poder del demonio. Pero esa noche, por su vida que no se atrevía a llevarlos consigo. Así que se los dio en la mano a mi abuelo, sin decirle palabra, con el rostro tan blanco como el papel. Luego tomó su sombrero y espada y le dijo a mi abuelo que estuviera pendiente de su regreso para luego salir hacia el bosque.

“Era una noche calma, y la luna, no tan brillante como la primera noche, iluminaba el brezal y las rocas, y caía sobre el solitario bosque de robles.

“Su corazón iba latiendo, a medida que se acercaba al lugar, con mayor fuerza. No había sonido alguno, ni siquiera el aullido distante del perro de la villa cercana. Si no fuera por sus deudas y pérdidas

que lo estaban por volver loco y, a pesar del temor por su alma, esperanzas del paraíso y de todo lo que su buen ángel le susurraba al oído, se habría dado la vuelta, habría enviado por su clérigo para que le tomara la confesión y le diera una penitencia, para poder cambiar su camino hacia una buena vida, ya que había llegado al punto de aterrorizarse por el pacto que iba a realizar.

“Aligeró y demoró el paso, hasta que llegó al mismo lugar, bajo las grandes ramas del viejo roble. Se detuvo y se sintió tan frío como un muerto. Imagínese que no se sintió mucho mejor cuando vio venir al mismo hombre, por detrás del gran árbol.

“Encontró que el dinero fue bueno’, dijo éste, ‘pero no fue suficiente. No importa; tendrás bastante como para ahorrar. Te haré una sugerencia para cada vez que necesites mi servicio; cada vez que desees verme, sólo tendrás que acudir a este lugar, recordar mi rostro en tu mente y desear mi presencia. Ahora, para fin de año, ya no deberás ni un chelín y nunca perderás a los naipes, siempre tendrás el mejor lanzamiento de dados y apostarás al caballo correcto. ¿Estás complacido?’.

“La voz de sir Dominick casi se le atenazaba en la garganta, pero emitió una o dos palabras que significaban su consentimiento. Y con esto, el Maligno lo tocó con una aguja, invitándolo a escribir unas palabras que tenía que repetir y que sir Dominick no comprendió, sobre dos delgadas hojas de pergamino. Con una de ellas se quedó el caballero, y la otra se la entregó a sir Dominick, dándosela

en la misma mano de la que había tomado su sangre. También le cerró la herida, ¡y esto es verdad, como que usted está ahí sentado!

“Bueno, sir Dominick regresó a casa. Estaba muy asustado. Pero poco a poco iba calmándose. En breve tiempo se vio librado de sus deudas. El dinero pronto le cayó en avalancha, y nunca hizo apuesta o tomó parte en juego de azar que no ganara; y por sobre todo, no hubo pobre en sus propiedades que no fuese menos feliz que sir Dominick.

“Él volvió a los viejos tiempos, cuando el dinero propiciaba que hubiera sabuesos, caballos y vino en abundancia, muchos invitados, diversiones y todo aquello que alegraba la gran casa. Y algunos dijeron que sir Dominick estaba pensando en casarse, en tanto otros decían que no. De cualquier modo, algo había que lo preocupaba más de lo común y una noche, sin que nadie lo supiera, marchó al bosque de robles. Mi abuelo pensó que sería algún problema con una joven y bella dama de la que estaba celoso, y enamorado. Pero es sólo una suposición.

“Bien, sir Dominick se metió en el bosque, caminando y espantándose, cada vez más a medida que se iba acercando al punto de encuentro; luego de un rato allí, se estaba por volver sobre sus pasos, cuando vio a quien había ido a ver, sentado sobre una gran roca, bajo uno de los árboles. En lugar de estar ataviado como un elegante caballero, con el listón dorado y la gran vestimenta, ahora estaba vestido con harapos y su estatura era el doble que la de antes. Su rostro estaba embadurnado de ho-

llín y tenía un gran martillo metálico, que se veía tan pesado como cincuenta, con un mango de casi un metro de largo, entre sus rodillas. Estaba tan oscuro que no lo vio claramente por un largo rato.

“Cuando se puso de pie, vio que tenía un tamaño descomunal. Qué ocurrió entre ellos, mi abuelo jamás lo escuchó, pero sir Dominick se empezó a volver un tipo melancólico, noche tras noche, y no reía por nada ni decía palabra alguna a nadie. Cada vez empeoraba más y se volvía más solitario. Esa cosa, cualquiera que fuera, solía atacarlo espontáneamente, algunas veces de una forma y otras veces de otra; podía ser en lugares solitarios o cuando regresaba cabalgando solo a casa. Al final se desesperó tanto que envió por el sacerdote.

“El cura estuvo con él por largo tiempo y, cuando hubo escuchado toda la historia, se marchó rápidamente en busca del obispo, quien estuvo aquí al día siguiente, dándole un buen consejo a sir Dominick. Le dijo que debía cortar por lo sano con los dados, los juramentos y la bebida, y que debía deshacerse de las malas compañías, para vivir en la virtud hasta que se cumpliera el plazo de siete años. Y si el Diablo no venía por él durante el minuto posterior a las doce en punto del primero de marzo, él estaría a salvo del pacto. No faltaban más de ocho o diez meses para que se cumpliera el plazo de los siete años, y sir Dominick vivió todo ese tiempo de acuerdo con el consejo del obispo, tan estrictamente como si estuviera en un retiro.

“Bien, usted puede suponer que se sintió raro hasta que llegó la mañana del 28 de febrero.

“El cura llegó ese día, y sir Dominick y el reverendo se encerraron juntos en el cuarto que usted ve ahí, donde estuvieron rezando hasta casi la medianoche y durante la siguiente hora. No hubo signos de desorden ni mayor disturbio, y el obispo durmió esa noche en la habitación contigua a la de sir Dominick, despertando confortablemente al otro día, estrechando sus manos y besándose como dos camaradas luego de una victoria en la guerra.

“Sir Dominick creyó que tendría una placentera velada, luego de todas sus abstinencias y oraciones, así que invitó a una docena de sus camaradas, incluido el cura, a cenar con él, y hubo copas y un sinfín de vino, juramentos, dados, naipes, canciones y cuentos, pero nada bueno para escuchar, de manera que él sacerdote se marchó cuando vio el rumbo que habían tomado las cosas. No faltaba mucho para la medianoche cuando sir Dominick, sentado a la cabeza de su mesa, exclamó: ‘¡Éste es el mejor primero de marzo que jamás pasé con mis amigos!’.

“‘Pero si no estamos a primero de marzo’, dijo don Hiffernan de Ballyvoreen. Era un hombre erudito y siempre tenía un almanaque.

“‘¿Qué día es, entonces?’, preguntó sir Dominick, pasmado, dejando caer una cuchara en el plato y mirándolo fijamente, como si tuviera dos cabezas.

“‘Estamos a 29 de febrero, año bisiesto’, dijo.

“Y mientras hablaban de esto, el reloj anunció las doce de la noche; y mi abuelo, que estaba medio dormido en su silla junto a la chimenea del vestíbulo, abrió sus ojos y vio a un caballero robusto y no muy alto, con una capa y el cabello muy largo y negro, que escapaba de su sombrero, de pie en ese lugar donde se veía esa luz contra la pared.

Mi encorvado amigo apuntó con su bastón a una pequeña franja que iluminaba la luz del atardecer, que hacía un relieve sobre la profunda oscuridad del pasillo.

—“Dile a tu amo”, dijo él, con una voz espantosa, como la del gruñido de una bestia, “que estoy aquí por un contrato, y que lo esperaré durante un minuto”.

“Mi abuelo subió por esas escaleras sobre las cuales usted está sentado.

“Dile que aún no puedo bajar”, dijo sir Dominick, y volviéndose a sus compañeros en el cuarto, les dijo, con un sudor frío en la frente:

“Por el amor de Dios, caballeros, ¿alguno de ustedes podría saltar por la ventana e ir en busca del cura?”.

“Todos se miraron entre sí, sin saber que hacer, y en ese momento mi abuelo regresó diciendo: ‘Señor, dice que, a no ser que baje, él subirá por usted’.

“No comprendo esto, caballeros; veré qué significa”, dijo sir Dominick, al tiempo que recomponía su semblante y caminaba a través del cuarto, como un hombre condenado al que su verdugo espera fue-

ra. Al bajar las escaleras, algunos de sus camaradas espionaron a través del pasamanos. Mi abuelo iba caminando seis u ocho escalones detrás de él, y llegó a ver al extraño dar unas zancadas en dirección a sir Dominick. Lo tomó entre sus brazos y le hizo girar la cabeza contra la pared. En ese momento las velas y los leños de las chimeneas se apagaron con un fuerte viento que recorrió todo el piso.

“Los compañeros bajaron corriendo. Un golpe provino de la puerta principal. Algunos corrieron para arriba y otros para abajo, con faroles. Encontraron a sir Dominick. Alumbraron su cadáver y pusieron sus hombros contra la pared, pero no pudo decir ni media palabra; ya se había enfriado y se estaba poniendo tieso.

“Pat Donovan llegaba tarde esa noche. Luego de que traspasó el pequeño arroyo, y de que su carruaje se encaminó hacia la casa, faltando unos veinticinco metros para llegar, su perro, que estaba a su lado, dio un giro súbito y brincó, dando un aullido que se habrá escuchado a dos kilómetros a la redonda; en ese momento dos hombres pasaron a su lado en silencio, provenientes de la casa. Uno de ellos era petiso y robusto y el otro como sir Dominick, pero sólo la forma, ya que —como había muy poca luz bajo los árboles por donde pasaron— únicamente se veían como sombras. Cuando pasaron por ahí, él no pudo escuchar sus pasos. Se asustó bastante y, cuando llegó a la casa, encontró a todos en una gran confusión, en torno al cadáver del dueño, con la cabeza en pedazos, yaciendo en aquel lugar.

El narrador se detuvo y me indicó con la punta de su bastón el sitio exacto en donde estaba el cuerpo de sir Dominick y, mientras miraba, las sombras iban oscureciendo el manchón rojizo, a medida que el sol se iba ocultando tras las distantes colinas de New Castle, dejando la fantasmagórica escena en el profundo gris de la penumbra.

Así que el narrador y yo partimos, no sin despedirnos con buenos deseos y una pequeña “propina” de mi parte que no fue mal venida.

Estaba oscuro y la luna brillaba en lo alto cuando llegué a la villa, monté mi caballo y eché una última mirada al lugar de la terrible leyenda de Dunoran.

e-ditores

Joseph Sheridan Le Fanu